

EL HIPOPÓTAMO.

Este terrible animal se cria por lo comun en los grandes ríos de Africa, principalmente desde la Etiopia hasta el cabo de Buena Esperanza. Tiene de 42 á 45 pies de largo desde el hocico á la estremidad de la cola, y sobre seis de altura. La cabeza es enorme y su boca rasgada y fuerte está armada de 30 á 40 dientes de 26 pulgadas de largo. Su peso es muy considerable. Las piernas son cortas en proporcion al volumen del cuerpo que sustentan, y en cada una tiene cuatro dedos provistos de fuertes uñas. Su piel de un gris azulado es tan espesa que, como la del rinoceronte, resiste la lanza y aun despide las balas especialmente en el lomo. No tiene pelo, sino es un poco en la cola y en el hocico.

El hipopótamo es anfibio, y permanece de preferencia dentro del agua donde sus movimientos son más rápidos y ágiles que sobre la tierra. Nada con facilidad, ayudándole mucho el gran volumen de su cuerpo, y su fuerza y valor parecen aumentarse en su elemento favorito donde siendo mas peligroso atacarle se considera el mas seguro. Anda por el fondo del río lo mismo que sobre la tierra. Por la noche sale á la ribera á pacer la yerba y comer el arroz y las legumbres que cultivan los negros, los cuales no atreviéndose á atacarle sino en número considerable no hallan otro medio de espantarlo que el de encender grandes hogueras y hacer mucho ruido. El hipopótamo no es naturalmente feroz, siempre que no se le molesta, pero cuando se siente herido su mansedumbre se convierte en furor espantoso: en este caso es muy de temer considerando su fuerza prodigiosa y las armas terribles de que está provisto.

El modo de matarlo es análogo al que se emplea con el crocodilo. El Dr. Edward Reippell, alemán, hace en la relacion de sus viages (1) una interesante descripcion de la caza del hipopótamo en Dóngola la cual transcritiremos en sus mismas palabras. Dóngola es una comarca de Africa que se estiende por ambas orillas del Nilo desde los 19° 43' de latitud Norte hácia el ecuador en una estension de 55 leguas próximamente.

«El arpon con que los naturales atacan al hipopótamo es todo de hierro y remata en un plano ovalado cuyos bordes son muy cortantes. Al extremo del mango va atada una fuerte cuerda que termina en una boya ó pedazo grande de madera. El cazador ataca al animal bien sea de dia ó de noche pero prefiere comunmente el dia porque puede sustraerse mas facilmente á la venganza de su furioso enemigo. En la mano derecha tiene el arpon y una parte de la cuerda y el resto de ella en la izquierda. Así preparado se acerca cautelosamente al hipopótamo mientras duerme este en alguna isleta del río, ó le espera por la noche cuando sabe ha de salir á tierra á tomar alimento. Colocado á seis ó siete pasos de él, arroja el arpon con toda su fuerza, y si tiene acierto escoude el hierro y aun parte del mango en el cuerpo del animal. Este por lo comun se sumerge inmediatamente en el agua, pero la boya indica la direccion que ha tomado. Si el hipopótamo divisa al cazador antes de ser atacado, corre este inminente riesgo, pues suele lanzarse á él con increíble furia y despedazarlo en un segundo. Yo mismo presencié una de estas catástrofes.»

«Tan luego como el animal ha recibido un golpe cierto, los cazadores en sus pequeñas canoas se acercan con cuidado de la boya, atan á ella una cuerda y llevándose el otro extremo se apresuran á reunirse á sus compañeros que á cierta distancia los esperan en un bote mayor. Desde allí empiezan á tirar de la cuerda para atraer al hipopótamo que enfurecido por el dolor, no pocas veces consigue hacerlo pedazos con las dientes ó volcarlo. Entretanto sus enemigos no se descuidan; otros cuatro ó cinco arpones abren nuevas y profundas heridas, hasta que por último desangrado y exhausto exhala el último suspiro. Como el hipopótamo es demasiado pesado para sacarlo del agua sin el auxilio de muchos brazos (algunos pesan tanto como cuatro ó cinco buyes) los cazadores lo despedazan en el agua, y traen á tierra los pedazos.»

«Uno de los hipopótamos que matamos, era ya viejo y de un tamaño desmesurado. Sostuvimos con él una lucha de cuatro horas por la noche, y poco faltó para que perdiéramos el bote grande y aun la vida al furor de este

(1) Viages en Nubia 1824 -5. Frankfort sobre el Main 1829.

terrible animal. Así que divisó los dos cazadores en la canoa que tenían el encargo de atar la cuerda á la boya, se lanzó á ellos, hincó los dientes en la canoa, y arastrando la consigo al fondo del río la hizo astillas. Los dos negros que iban en ella se salvaron milagrosamente á nadó. De veinte y cinco balazos que dirijimos á su cabeza sólo uno le atravesó la nariz: en cada respiracion lanzaba por la herida un caño de sangre sobre el bote; por último después de los mayores esfuerzos durante una lucha tenaz y prolongada logramos concluir con él. La oscuridad de la noche aumentaba el peligro del combate pues el gigante animal sacudia y zarandeaba nuestro bote como si hubiera sido una ligera tabla con no poco riesgo de volcarlo y sepultarnos á todos en las aguas; advirtiendo que logramos la victoria en momento muy oportuno pues nuestro enemigo nos habia metido en un laberinto de peñascos que en la excitacion y riesgo de la pelea no habiamos echado de ver.²

La hembra produce solo un hijo en cada vez, y lo deposita en la ribera entre cañas, acostumbrándolo muy temprano á entrar en el agua, en cuyo ejercicio lo adiestra llevándolo al principio sobre su espalda. Tiene solo dos ubres y su leche es tan buena como la de la vaca.

La carne del hipopótamo joven es muy sabrosa, pero la de los ya crecidos tiene demasiada gordura. Cuando estos animales se encuentran en el fondo del agua procuran evitarse; pero en tierra suelen pelear con encarnizamiento: para esto se levantan de manos y sentados como las monas se muerden con furor.

SOBRE CONDUCCION DE AGUAS Á MADRID.

Tenemos entendido que en estos dias ha llegado al Excmo. Ayuntamiento una propuesta hecha por una casa respectable de París para verificar el proyecto de traer abundancia de aguas potables á Madrid, obra que cada dia se va haciendo mas urgente, y no tardará en ser absolutamente indispensable si se quiere asegurar la existencia de la capital de la monarquía.

La propuesta á que nos referimos no hace, segun parece, indicacion de cual de los proyectos ideados es el que adoptaría en su caso el empresario, pero de todo su contenido y de la larga permanencia de aquel en esta capital, relacionado con todo lo mas importante de ella, se infiere que ha tocado las dificultades y pesado y combinado los medios de vencerlas, contada por resultado con la seguridad necesaria para aventurar en propuesta. Las bases generales que se contienen en esta, son, segun se nos asegura, las siguientes. =

El empresario se obliga á conducir al punto mas elevado de Madrid ó á aquel de la poblacion en que fuese mas fácil la distribucion en los barrios, *ciento sesenta y dos mil quinientos* pies cúbicos castellanos de agua por cada veinte y cuatro horas (1).

El empresario podrá tomar el agua en los sitios y parages que mas le conviniere, salvo siempre el derecho de tercero, y se valdrá libremente del ingeniero ó ingenieros nacionales ó extranjeros que elija, sin sujecion á otros planes que los que su pericia le hiciere formar, sin embar-

go de que le sean facilitados para su instruccion todas las noticias y proyectos formados hasta aqui.

El ayuntamiento no estará obligado á anticipar fondos algunos al empresario; pero estará autorizado á formar asociaciones con nacionales ó extranjeros, repartiendo entre unos y otros las acciones en que se dividiere el capital, las cuales correrán libremente en las transacciones mercantiles de España bajo la proteccion de las leyes segun se ofreció en el programa de 4 de octubre de 1834.

El ayuntamiento se obligará á tomar al empresario los referidos 162,300 pies cúbicos de agua, creyendo aquel que conviene á los intereses de la villa ser dueña esclusiva de todas las aguas y distribuirlo en las casas como se verifica en varios pueblos de Inglaterra; pero el empresario se reservó la preferencia caso de que la villa quiera ejecutarlo por empresa, y en el concepto de que esta segunda parte se haria por contrato separado.

Si el empresario lo solicitase del gobierno, este le facilitará el número de presidarios que tuviese á bien otorgarle, obligándose á darle lo que le cuesten al estado.

El empresario se obliga á pagar al contado ó como acuerde con los propietarios (previa tasacion) los terrenos que ocupe y daños que ocasione en la línea de conduccion de las aguas, relevándosele por lo tanto de dar fianza.

Puestas las aguas en el punto que convenga, el ayuntamiento entregará al empresario *seis millones de reales* en dos plazos, á saber; soltadas las aguas en la altura contenida tres millones de reales y los otros tres al cumplir el año de la primera entrega. Ademas de la referida cantidad la villa se obligará á pagar al mismo empresario *veinte y cinco mil duros anuales* por espacio de cincuenta años seguidos, que podrá poner por acciones legalmente autorizadas para circular en el reino y en el extranjero; é hipotecando á la seguridad de todo esto las casas y edificios que tiene la villa en Madrid y los sotos y tierras de su pertenencia.

Toda duda ó desavenencia que pudiera existir entre el ayuntamiento y la empresa, se zanjará por compromisos arbitrarios nombrados por las partes, y tercero á la suerte en caso de discordia.

Estas son, pues, las condiciones con que se propone esta empresa, ampliándose en ella todos los pormenores, tales como la circunstancia de que la cantidad de agua referida será la que se dará en los tiempos de mas sequía y mucho mayor en lo restante del año, y otras circunstancias igualmente favorables á la villa.

Si consideramos lo que esta gasta anualmente para proporcionarse la mísera cantidad de agua que nos surte, no puede dudarse que resulta en la adopcion de esta propuesta una ventaja palpable de ahorro y economia (2).

Si de aquí pasamos á la consideracion de los inmensos beneficios que reportaría la poblacion con el aumento de cuatro tantos mas del agua de que puede disponer en el dia, veríamos sin duda que no hay género de sacrificio que no deba hacerse para obtener aquel resultado.

La propuesta, por otro lado, nos parece ventajosa atendida la manera del pago, sin adelantos y solo en el

(2) A falta de otros datos mas modernos que no habian mas que reforzar nuestro argumento, juzguese de esta verdad por el siguiente estado de las cantidades invertidas en el ramo de fontanería en los años que se expresan.

REALES, MRS.		REALES, MRS.	
En 1824.	668,681 4	En 1827.	676,000 10
En 1825.	604,900	En 1828.	833,888 28
En 1826.	665,216 1	En 1829.	915,155

Total en 6 años. 4 267,144 9

(1) Los ciento sesenta y dos mil quinientos pies cúbicos de agua representan mil trescientos reales de la medida usada en Madrid; en el concepto de que cada real de fontanería es de ciento veinte y cinco pies cúbicos por 24 horas. La cantidad que la Real Cédula que la Villa para su servicio es de unos 333 reales poco mas ó ménos.

caso de su realización, y luego en un periodo suficientemente largo para hacerse posible su satisfacción. Además, el nombre del empresario, sujeto aprecialísimo y bien conocido en esta capital, individuo de la Cámara de diputados de Francia, y relacionado honrosamente con nuestro gobierno, nos parece una garantía mas que suficiente para entregarnos á las mas halagüeñas esperanzas. Pero no intentamos prevenir el juicio del Excmo. Ayuntamiento sobre un proyecto que sabemos ha recibido con la mas singular complacencia, apresurándose á nombrar una comisión de su seno que lo examine é informe con urgencia sobre asunto tan trascendental y delicado. Confiamos, pues, en su recta interior y en sus conocimientos, que sabrá adoptar lo conveniente, y proporcionar al pueblo que representa la primera de las ventajas materiales, que tantos años reclama en vano. Tal es el objeto que nos ha guiado á trazar estas líneas, y unir nuestros votos en este punto á los de todos los habitantes de esta heroica capital.

HISTORIA DE HOGAN.

[Desearo la redacción del *Semanario Pintoresco* de conservar en este periódico la tendencia moral que debe ser el principal objeto de toda clase de publicaciones, y con especialidad aquellas cuya misión importante es el instruir al pueblo y morigerar sus costumbres, no en fríos preceptos sino por medio de cuadros animados en que se retrata fielmente las consecuencias de la humana delibridad ó la belleza de la virtud, cuadros que á la par instruyan y deleiten; y convengió de que para este fin ofrece la historia de la sociedad acontecimientos y hechos de suyo tan interesantes como las ficciones mas ingeniosas de la imaginación, con lo doble ventaja del prestigio que en sí lleva un hecho verdadero; dará siempre cabida en las columnas del *Semanario* á los relatos históricos que por su naturaleza satisfagan á aquellas condiciones, con preferencia á las meras producciones de la fantasía especialmente aquellos que, perteneciendo á un género difícil de manejar por cuanto estriba en las conmociones violentas del alma, no siempre corresponden á las severas exigencias del decoro y á los dictados de la sana moral.]

El siguiente hecho histórico extractado de una reciente publicación inglesa, ofrece un ejemplo singular de la fuerza de cierto instinto moral que ha enlazado misteriosamente la providencia con las facultades mas íntimas de nuestra alma, y cuyos impulsos ni aun el hábito del crimen y la depravación logran jamás extinguir completamente.

Hará como veinte años que un hombre llamado Hogan vivía en una pequeña casa de campo situada sobre una colina que conduce desde la aldea al camino real. La casa ha sido últimamente destruida por el propietario del terreno, para que no quedase vestigio de lo que fue teatro de escena tan espantosa; pero mucho tiempo ha de transcurrir antes de que los sencillos aldeanos al pasar cerca de aquel sitio funesto, dejen de señalar entre los árboles el punto donde existió la cabana, estrechándose al pensar en el suceso que recuerda.

Era esta casa la cuna así como la única herencia de Hogan. Hijo de padres honrados y de medianas comodidades atendida su esfera y circunstancias, había recibido una educación superior á la que generalmente obtienen los de su clase. Versado en aquellos conocimientos que pudo adquirir en la escuela del pueblo inmediato, instruido en sus obligaciones religiosas y morales, y aun por algún tiempo exacto en el cumplimiento de ellas, era considerado en los primeros años de su vida como el adorno de su país natal, y padres é instructores le proponían por modelo á sus pupilos. Nunca pudo la poesía en sus inspiraciones mas felices ofrecer á la imaginación del hombre un objeto tan dulce y halagüeño como el recuerdo

de su juventud, cuando ha sido dirigida con acierto y empleada con fruto. Hogan sin ser entremetido, no carecía de sociabilidad; bailaba rara vez, pero puesto en el caso nadie lo hacia mejor que él; hablaba con circunspección pero siempre oportunamente; no se le veía con frecuencia en reuniones, pero colocado en ellas, era su conversación amena el alma de la sociedad.

No de una vez y sin esfuerzo puede el hombre educado en los principios rectos é inocentes que acabamos de describir, olvidarlos hasta el punto de dejarse arrastrar á los excesos y crímenes que han hecho al desgraciado Hogan un objeto de odio y reprobación. La muerte de sus padres, y particularmente la de su madre, mujer respetable y virtuosa, fue la primer causa aparente del cambio que muy en breve se observó en la conducta de su hijo. Se le veía con mas frecuencia en las ferias y mercados de lo que sus quakeres parecían exigir, y no volvía como anteriormente despues del medio dia, hora en que terminado el trafico de una feria irlandesa, comienzan sus diversiones y desórdenes. El gastador insensato que hulla la miseria y ansiedad en medio del esplendor y abundancia de una capital, puede ser en la suerte que cupo á este desgraciado aldeano un retrato fiel de su propia desdicha. Su cortesía y sociabilidad fueron las salas oscuras que al principio le indugeron á obsequiar á aquellos entre sus vecinos y conocidos con quienes vendía ó compraba, vagando con ellos un rato por la feria. Por grados el juego, el baile y aun el pugilato (la fatal gloria del aldeano irlandés) empezaron á tener para él sus atractivos, y lo que antes era solo entretenimiento vino muy luego á ser una pasión irresistible. No paró en esto aun la corrupción progresiva de su carácter. La miseria que ya le acosaba, obligándole á prescindir de todo miramiento hizo se apoderase de su espíritu cierta indiferencia ó desprecio de la opinion ajena (mitoma alarquite de ruina interior) que se mezclaba siempre á su estúpida y feroz alegría. Los mas moderados empezaron á evitar su sociedad, y el desdichado se encenagó mas y mas en los vicios. La bebida, el juego, la blasfemia, en una palabra todos los excesos brutales de la vulgar disipacion le eran familiares, hasta que al fin vino á ser el objeto de la burla y compasion de todos los habitantes de la vecina aldea.

Aun llevó mas adelante el desgraciado Hogan en propension al crimen. Hacía tiempo no se hablaba en nuestro pacífico vecindario de los excesos y dilapidaciones que muy luego se hicieron habituales para él y sus cómplices. Los honrados labradores comenzaron á quejarse de daños hechos en sus huertos y plantíos, de destrozos en sus arbolados y rediles, y aun de vacas y caballos robados, sin que pudiesen descubrirse los autores de estas violencias. Sin embargo el hecho que condujo al miserable Hogan á su total ruina, fue de una naturaleza aun mucho mas odiosa.

Cerca de un bosquecillo de álamos á corta distancia de la aldea, habia una casita aislada que habia habido una señora anciana generalmente tenida por rica, y cuya confianza en el concepto estimable de que gozaba para con todos era tal, que vivía sola con una doncella sin considerar necesario el auxilio de un hombre para guardar su casa. Era caritativa y benévola con los pobres y enfermos, y muy querida por cuantos la conocieron. Un viejo mendigo, llamado Yamon, aunque brusco y soez en sus maneras, recibía diariamente de su mano los restos de una abundante comida, que esboreaba sentado en el umbral de la casa hospitalaria. Era costumbre de esta bondadosa mujer el reservar para su protegido todo lo que sobraba de su mesa, y dárselo con su propia mano, mientras el anciano reposaba durante el estío á la puerta de la quinta, ó se guarecía de las heladas del invierno á la

lumbre de su hogar. Mil veces Hogan en su infancia había observado al mendigo sentado en los escalones de la entrada, había visto abrirse la puerta y presentarse la buena señora á desempeñar su piadoso encargo, dirigiendo algunas palabras consoladoras al anciano Yamon, y dejándole que gozase del benéfico donativo. Mas de una vez al contemplar esta escena sencilla é interesante admiró la caridad de la Señora Mansel, y le pareció ver á su ángel tutelar aplaudir este acto piadoso.

Una tarde Yamon estuvo mas grosero que de costumbre, y aun insolente con su bichechóra; la dirigió mil epítetos, quejándose de la comida que arrojó con desprecio á su perro. Compadeciendo ella la impertinencia del pobre viejo, pero sin querer dar alas á su insolencia, le dijo se quedaría sin comida al día siguiente. La costumbre, suale decíase, constituye un derecho así como hace la ley: el mendigo la desafió á que cumpliera su palabra, pero viendo al otro día que era tan firme como benévola, se alejó profiriendo mil amenazas, esgrimiendo su palo y jurando vengarse del supuesto agravio. Algunas personas que se hallaban presentes le reconvinieron por su insolente cólera, y no olvidaron sus amenazas.

Hacia algun tiempo que la memoria de la anciana del bosque había ocurrido á Hogan, pero con emociones muy distintas de aquellas que en otro tiempo había experimentado al volver de su escuela ó del trabajo: con dificultad, sin embargo, pudieron indagarle los ruñanes que formaban ya entonces su única sociedad á que los acompañara en un ataque que intentaban dar á la casa; precisamente la misma noche en que, pocas horas antes, le había sido recusado á Yamon el acostumbrado refrigerio. Estimulado al fin por la necesidad y el ejemplo de aquellos malvados, consintió en unirse al bando, pero bajo la condicion de que no se maltrataria á nadie. Apenas anocheció se encaminaron á cumplir su detestable proyecto. No había conocido hasta entonces el desgraciado Hogan la ansiedad y agitacion de espíritu que acompaña siempre á la perpetracion de un delito: ademas temia, y no sin razon, la ferocidad de sus asociados.

Era ya media noche cuando entraron en el bosquecillo de álamos que resguardaba la casilla de los vientos de poniente. Tan lejos estaba su pacífica dueña de sospechar el menor peligro, que había dado licencia á su doncella, única persona que la acompañaba, para que fuese á pasar la noche en una velada ó funcion inmediata. Despues de cerradas las puertas y ventanas se retiró á su cuarto, y concluidas con su acostumbrado recogimiento sus cotidianas devociones, apagó la luz y se acostó. A poco rato la despertó de un tranquilo sueño el ruido confuso de pasos y mormullos que creyó oír á la parte exterior de su habitación: sin perder un instante se acercó á la puerta y preguntó quien era: los ruñanes se arrojaron sobre ella, pero dotada de serenidad y energia física resistió valerosamente, al paso que con los gritos mas agudos procuraba alarmar á los habitantes de las quintas inmediatas. Resplagos é irritados los bandidos olvidaron el pacto que habían hecho de no derramar sangre, y la desgraciada anciana fue víctima de su valor y de la atrocidad de aquellos monstruos.

Pero ¿quién podría describir el horror del miserable Hogan cuando supo (pues le habían dejado fuera como una especie de atalaya) que las atrocidades de aquella noche, ya suficientemente odiosas, habían sido selladas con el asesinato! Aterrado á esta noticia, le pareció por un instante que hasta entonces había sido su vida para é inocente, y que aquel era su primer paso hacia el crimen. Un peso enorme pareció cargar sobre su espíritu, su vista se turbó, y como iniquitadamente se dejó arrastrar por sus compañeros sin poder articular una palabra ni ser

dueño de distraer su imaginacion del suceso horrible en que acababa de tener parte. No quedaba otro arbitrio que el de huir precipitadamente: el botín de que se apoderaron, aun superior á sus esperanzas, les proporcionó abundantes medios para verificarlo, y antes que pudiera darse paso alguno para la aprehension de los malvados, estaban todos fuera ya del alcance de las leyes que acababan de violar.

Sin embargo, no debieron en un todo su salvacion á la prontitud de su fuga. El viejo Yamon de vuelta por la noche á la choza en que vivia, empezó á arrepentirse de su ingratitud, recordando los beneficios de su bondadosa protectora, y se echó en cara su importinencia é insolentes modales para con ella. Despues de una noche incómoda, agitado por sueños espantosos y sobresaltos sin causa, se levantó al amanecer, y apoyado en su palo, se dirigió al bosquecillo anhelando una reconciliacion. ¡Cual fue su sorpresa al hallar la ventana de la cocina hecha pedazos y la puerta principal abierta de par en par á aquellas horas! ¡No le seguieramos en el funesto pormenor de sus desrubrimientos! Baste decir que pálido, trémulo y hortorizado, salió precipitadamente de la quinta, en cuyo momento fue visto por la criada que volvía del sarao con algunas de sus compañeras, haciendo precisamente conversacion de la contienda del día anterior y las amenazas con que había terminado. El anciano fue aprehendido, examinado y conducido á la cárcel pública. Las apariencias parecieron constituir una irresistible evidencia, y el desgraciado Yamon fue formalmente ejecutado cerca del sitio donde se había cometido el delito.

Llegó la nueva de esta horrible injusticia á oídos de Hogan que se hallaba en América. La parte que le tocó del abominable despojo le había facilitado los medios de establecer allí un pequeño comercio en el cual reportaba sus principales ventajas del tráfico con los emigrados de su propio país establecidos en aquel punto. Uno de ellos que acababa de llegar, hablando á otro de un suceso ocurrido en nuestro vecindario, para fijar la época dijo: "Se verificó precisamente el mismo año en que el viejo Yamon fue ahorcado por el asesinato de la Señora Mansel del bosquecillo de álamos."

Felizmente para Hogan las cortinillas que cubrian la balaustrada de su escritorio impidieron á sus huéspedes el percibir su confusion. Esta noticia, al paso que garantizaba su seguridad personal, aumentó mil veces su remordimiento. ¡Un segundo asesinato revelado en este instante! Sus pasadas agonías, aunque no estinguídas, amortiguadas al menos por el tiempo y hábito constante, le asaltaron de nuevo con mayor violencia que nunca. La idea de la justicia no satisfecha aun, pesaba sobre su espíritu y le llenaba de terror. Durante algun tiempo buscó inútilmente en la religion un refugio contra su agitado espíritu, pues el arrepentimiento sin la restitution es una palabra vana. Sus esfuerzos solo sirvieron para convencerle mas y mas de la enormidad de su delito, sin calmar los tormentos de su conciencia irritada. De día, de noche, á todas horas creia ver vagar delante de sus ojos los lividos cuerpos de las inocentes victimas, y la apelacion á la justicia divina pesaba sobre su alma. Por mas que se esforzaba en entregarse á cuantas distracciones le sugería su afán de olvidar lo pasado, su imaginacion constantemente fija en el bosquecillo de álamos, le reproducía con horrible fidelidad la escena odiosa de que quería huir.

Impelido por una fuerza misteriosa é irresistible hacia los objetos con los cuales se asociaban todas sus desgracias, el infeliz Hogan dispuso de cuanto poseia en América y regresó á su patria el pasado otoño despues de un destierro de mas de veinte años. Era de noche cuando llegó á su aldea: una luna brillante iluminaba la campiña, y sin

detenerse Hogan ni darse á conocer á persona alguna, encaminó sus pasos hácia el bosquecillo, experimentando su alma cierto consuelo al pensar que por lo menos ahora tenía en su mano el hacer alguna compensación á la violada justicia de su país. La casa permanecía aun inhabitada; pero las tierras adyacentes estaban bien cultivadas y el jardín ostentaba la misma frondosidad y hermosura que tenía en vida de su benévola propietaria. Después de examinar con singular interés los sitios que tanto motivo tenía para reconocer, se dirigió á su propia cabaña que se hallaba á la sazón en poder de un pariente suyo: fue inmediatamente reconocido y felicitado por su regreso, y obtuvo de este sujeto los mas minuciosos detalles relativos á la causa y ejecución del inocente mendigo. Al día siguiente se levantó temprano y fue á examinar el sitio mismo donde este infeliz expió tan severamente su funesto arrebató de cólera. Mas de un mes pasó de este modo transigiendo por decirlo así con su íntimo perseguidor, y enterándose con el mayor interés de las circunstancias mas pequeñas relativas al desdichado suceso, para él la mas importante de las historias. Muchas veces en medio de la noche luchando con sus agudos remordimientos, juraba que el nuevo sol había de alumbrar la manifestación de su secreto, pero á la mañana siguiente el temor del castigo y el instinto de la conservación, lograban el ascendiente sobre terrores mas distantes aunque no menos fuertes. Ah! cuán pocos dejan de ser niños en tales casos! Cuán corto es el número de los que poseen la fuerza de espíritu necesaria para estimar la diferencia entre los días contados y los innumerales! Así Hogan indeciso, vacilante, arrastraba una miserable existencia, despedazado por los remordimientos pero temiendo la ignominia. Mas de una vez salió de su casa resuelto á entregarse en manos del magistrado, volviéndose desde la misma puerta de este, repelido por un súbito desmayo de sus nervios al aspecto de la próxima muerte.

Una mañana, después de pasar la noche en horrible ansiedad, el desgraciado Hogan se levantó al romper el día, é imploró con lágrimas al cielo que iluminase su razón y le diese la fuerza de ánimo suficiente para hacer lo que la justicia exigía de él. Algo aliviado con este desahogo, se dirigió á un cementerio inmediato donde solia pasar la mayor parte de su tiempo como si quisiese familiarizarse con la idea de la muerte. La mañana era spacible y serena: algunas ovejas pacían entre las losas, y los pajarillos gorgeaban alegres en los espesos árboles que guardaban este solemne recinto de la muerte. El misero Hogan lleno de incertidumbre é ideas melancólicas leía las inscripciones de las tumbas evadiendo el reposo de los cuerpos que cubrían. De repente un hombre saltó la pared del cementerio, y pasando con la velocidad del rayo cerca del sitio donde él se hallaba, desaparece por el lado opuesto. Inmediatamente después se oyeron voces: "detenedle, detenedle", gritaban, y dos ó tres aldeanos se lanzaron dentro del cementerio; Hogan, acusado por su delito, quiso huir pero fue detenido.

"Ya le tengo", exclamó el aldeano. "ah bribon, ahora sabrás lo que es un presidio, ya te enseñaremos á romper las cercas durante la noche y robar el ganado!"...

"Bien hecho, Tomás, gritó el rabadán que no había podido seguir tan de cerca á sus criados; y tu, pícaro, ¿qué has hecho de mi ganado? Pero... Tomás... donde está el ladrón? este no es el hombre que buscamos."

"Yo soy", interrumpió Hogan pálido como la muerte, pero con una voz bronca y firme.

"¿Vos? repuso el rabadán no es el ladrón á quien yo busco." "No soy quien ha robado vuestro ganado", replicó Hogan, "pero sí, uno de los cómplices en el as-

sinato de la señora Maan-el del bosquecillo de álamos, por el cual Yauon el viejo mendigo fue injustamente ahorcado!..."

Esta inesperada confesión fue recibida por los oyentes con sorpresa y dolor. El descubrimiento de su secreto pareció sin embargo haber aligerado el peso que oprimía el alma de Hogan, quien pocos meses después sufrió con menos ansiedad de lo que él había imaginado el castigo que la ley señalaba á su delito.

TEATROS.

DONA MARIA DE MOLINA, drama original en 4 actos; por *D. Mariano Roca de Togores*.

Al fin, el teatro moderno nacional, dignamente representado por una corta, pero escogida porción de jóvenes poetas, toma en manos de estos aquel carácter original, filosófico y profundo que conviene al gusto del país, y á la exigencia verdaderamente grande de la moderna escena.

Hubo momentos en que llegamos á temer que exaltada la imaginación de nuestros escritores con los funestos ejemplos que les ofrecían á cada paso los modernos dramaturgos, singularmente del teatro francés, se apresurarían á repetir en nuestra escena todos los desvarios, todos los horrores, que desgraciadamente y bajo el seductor alhago de plumas tan privilegiadas, no pudieron menos de conmover y arrebatarse la admiración de los pueblos á quienes se dirigían. Mas por fortuna, nuestros ingenios, colocados en frente de otra sociedad no tan extravagante, no tan ávida de sensaciones violentas, se dedicaron á estudiar su índole y sus necesidades, pesaron en su imaginación la diferencia de pueblos y de costumbres, observaron que aquellos mágicos cuadros que en la escena francesa subyugaban el alvedrío de un público entusiasta, voluble y fanático por la novedad, eran juzgados con mayor severidad cuando trasladados á nuestra lengua, se veían ofrecidos á otro auditorio mas imparcial, mas reflexivo, y que todavía cree que la moralidad es la primera prenda de las obras del ingenio.

Reconocida, pues, esta condición, y aprovechando por otro lado ventajosamente la justa libertad literaria que preside á las producciones de la escuela moderna; teniendo al mismo tiempo dentro de casa en nuestro antiguo teatro abundosa copia de modelos sublimes que imitar en este género, viéronse nuestros autores colocados naturalmente en el terreno que el público apetecía, y trabajando animosamente en él, no tardaron en recoger laureles con que adornar sus frentes, y verse aclamados por un pueblo que reconocía en ellos la expresión de sus ideas, de su civilización y de su poesía.

Entre las varias producciones que lograron al fin marcar esta nueva era de originalidad é independencia para la escena española, debemos señalar particularmente *El Trovador*, y *Los amantes de Teruel*, cuyo triunfo espontáneo, popular, no pudiera dejar duda á los autores modernos de cual era el medio de excitar la simpatía de un público español, noble, caballeresco, apasionado, amante de la gloria y de la belleza, con todas las debilidades, con todas las bizarrías propias de un clima meridional, que produce el crimen por un movimiento impetuoso, pero no por una helada reflexión, que se arroja al heroísmo, á la superstición, al amor, no por un estudiado cálculo sino por instinto y necesidad de su corazón.

Sin embargo, nuestros autores debieron considerar,

y consideraron en efecto, que en el siglo actual en que todas las obras del genio deben llevar un carácter de utilidad positiva, no eran solo llamados á recrear al auditorio con fábulas ingeniosas de amor, con diálogos de encantadora poesía, que si pudieron colmar los deseos de una sociedad tranquila en tiempos bonancibles y dichosos, necesariamente llegarían á parecer pálidos y sin vida ante un pueblo agitado por los vaivenes políticos, castigado por la necesidad, y abieccionado por la desgracia.

Vieron, pues, que les precisaba para cumplir con la justa exigencia del público, al par que con el verdadero objeto de la escena envolver entre la gala de sus producciones, un pensamiento moral, un hecho histórico, una verdad política de que el pueblo pudiese aprovechar, ya viendo bajo la festiva máscara de Talía, ya estramenciéndose al brillo del trágico puñal.

El mas festivo y fecundo de nuestros autores dramáticos modernos ofreció una feliz muestra en el primero de estos géneros adaptado tambien á las nuevas formas dramáticas, en su bella comedia *Muñete y verás*; y *La corte del buen retiro*, primera produccion de otro jóven y apreciable autor, vino en fin á ofrecernos el drama histórico, poético, original, sucesor fiel de la escena de Lope y Calderon. Hoy la Talía española entra de lleno en esta nueva senda, y aparece coronado por sus manos otro nuevo campeón, otro jóven tambien, que ha sabido encontrar en el polvo de los archivos materia á su argumento, y en el fuego de su imaginacion colores verdaderamente poéticos con que engalabarle. Su nombre es *D. Mariano Roca de Togores*; su drama *Doña Maria de Molina*.

La heroica construcción, el esforzado ardimiento con que esta gran reina de Castilla, viuda de D. Sancho el Bravo, gobernando el reino durante la menor edad de su hijo D. Fernando el IV, supo apaciguar las disensiones, dominar los partidos, resistir la ambición de los pretendientes á la corona, y lograr en fin transmitirla á su hijo á costa de los mas grandes sacrificios; tal es el sublime cuadro que el autor ha escogido para su drama; pensamiento altamente político y moral, y que á par que el interés histórico reúne en sí todo el que pudiera apetecerse en las mas dramáticas creaciones.

Omitimos por no ser prolijos el seguir al autor paso á paso en el desenvolvimiento que con singular maestría ha sabido hacer de tan hermoso cuadro, y únicamente nos permitiremos algunas palabras para dar una ligera idea del conjunto, y emitir nuestra pobre opinion en la materia.

La primer circunstancia digna á nuestro entender de admiracion y encomio en este drama, es el buen juicio y filosofía con que está presentada la verdad histórica del argumento y de los principales caracteres; la discreta economía en la invencion de incidentes episódicos, de poéticas libertades con que los autores modernos pretenden crear otra historia tan diferente de la verdadera. Y finalmente la esquisita erudición, la esmerada diligencia que se advierte en el autor para presentar á la vista del público no solamente tal ó tal personaje, tal ó tal acontecimiento, sino todo un siglo, toda una época, con su heroísmo y sus creencias, sus costumbres, su espíritu y su cultura.

Aquellos principes turbalientos é indómitos que libraban á la punta de sus espadas la defensa de sus derechos, aquellos ricos hombres pujantes y esforzados que dividían con sus rivalidades, la corte y el país; aquel clero dominante y poderoso que daba y quitaba las coronas de las cabezas de los principes, y que desde el interior del santuario dirigía toda la política del gabinete, toda la lucha de los combates; aquellos caballeros galantes, bríosos y enamorados que con la fuerza de su brazo vencían en el torneo

por obtener una flor que presentar en las aras de su misteriosa deidad; aquellos representantes del pueblo, honrrales y francos, cuya voz terrible y conienzuda solía desvaratar los planes de los magnates; aquel pueblo en fin bullicioso, indómito y guerrero que corria á las armas por instinto, que él fundía á sus leyes y sostenía sus libertades por firme y decidida voluntad; todo esto se halla tan esquisitamente compendiado en este drama, todo ello delineado con rasgos tan felices y bríosos, que el espectador asiste verdaderamente á una historia de la edad media, de esa media edad tan horriamente desfigurada en manos de imberbes autocéfalos. Lean estos el drama del Sr. Roca, lean las eruditas notas que le acompañan y en que se justifican los sucesos, los caracteres, y hasta las palabras puestas en boca de los personajes, y conocerán la estrecha dificultad de tratar dignamente los asuntos históricos, y no podrán menos de felicitar al autor por su admirable erudición; por su esquisito trabajo y por la sana crítica que en él ha empleado.

La heroica Doña Maria, el imbecil D. Juan, el autómata infante de Aragon, el intrigante y cortesano D. Enrique, el pudentoso Señor de Vizeya, son sin duda algunos felices tipos de la historia; y en el llamado procurador de Segovia, en el Abad de Salazun traidor y revoltoso, en el virtuoso y evangélico Arzobispo de Toledo, en el médico hebreo y en los demás personajes en fin que sirven para dar la necesaria animación al drama, no dudamos tampoco encontrar representados, todo el valor cívico, toda la ambición, todas las virtudes, toda la bajera en fin de una corte agitada por las pasiones, de un siglo aun atrasado en la civilización. El poeta ha sabido engrandecer, no exagerar aquellos cuadros, ha conocido que para prestarles el barniz poético que requiere la escena, no necesitaba maltratar ni oscurecer el colorido histórico, y este es á nuestro entender el principal mérito entre los muchos que distinguen á su obra.

Vemos en ella tambien cuidadosamente tratada la moral y la política; vemos triunfante la virtud por su esfuerzo solo, vemos al crimen retratado en su verdadero aspecto sin exagerada caricatura y con la conveniente discrecion para no hacerla interesante; vemos sembrada toda la obra de situaciones interesantes, de incidentes verosímiles, de máximas profundas y filosóficas, de dichos agudos é ingeniosos.

Escuchamos en ella la lengua castellana en toda su pompa y bizarría, la poesía nacional elevada á la altura del sus mas felices épocas; el decoro de la escena cuidadosamente observado hasta en el uso escogido de las voces; la belleza poética presándose sin violencia á la exactitud del raciocinio, á la violencia de la pasión, á los chistes de la conversacion familiar.

Donde tantas y tan difíciles dotes llegan á reunirse ¿cómo osará nuestra atrevida crítica buscar faltas que corregir, encontrar errores que condenar? ¿Ni que podríamos decir de nuevo á un autor que se presenta con una obra maestra por primer ensayo, y que seguro en la copia de sus conocimientos, podría respondernos á esta observacion histórica, con una serie de erónicas y manuscritos, á cada crítica literaria con un razonamiento fundado en la verdad y en el gusto mas delicado?

Por fortuna participamos sino de su erudición, por lo menos de su modo de ver el drama moderno; creemos que el que hoy ha presentado en nuestra escena pueda servir de modelo en cuanto á la severidad del pensamiento, en cuanto á la discreta economía de los medios, en cuanto á la gala y valentía de la diction. Si algunas de las escenas han parecido acaso lánguidas en la escena, aconsejamos á los que tal hubiere sucedido, que las lean, y nos digan si se atrevería á suprimir ninguno de sus no-

bles, pensamientos, ninguno de sus armoniosos versos. No pretendemos citar ninguna por no vernos obligados á hacerlo con todas las del drama, y porque de este modo creemos excitar en el público el deseo de examinar detenidamente la obra y de confirmar en la lectura la opinión ópinion aprobadora con que hizo resonar la escena.

En la ejecución de un drama de tanto aparato y de tantos y tan importantes personajes es difícil llegar á la perfección, y singularmente con los escasos medios de nuestros teatros; sin embargo la empresa ha sabido vencer muchos inconvenientes y presentar este con decoro y aun grandeza, tanto la parte del movimiento escénico como en la riqueza de las decoraciones y el lujo de los vestidos. Los actores por su parte tambien se han esmerado; los papeles de la Reina, del procurador de Segovia, del infante de Aragon, del Abad de Sabagan y del médico hebreo estuvieron bastante bien comprendidos, y el Sr. García Luna nada nos dejó que desear en el del titulado é intrigante D. Enrique.

EL PRÉSTAMO DE FRANKLIN.

La mayor parte de nuestros lectores conocen sin duda alguna la historia del célebre anglo-americano Dr. Franklin, que tan eficazmente contribuyó á la independencia de la América septentrional, y cuyos vastos conocimientos científicos y literarios, y las eminentes virtudes públicas y privadas que le distinguieron, realza la circunstancia de haberlo todo á sus propios esfuerzos y genio extraordinario, con los cuales se elevó por sí solo, sin el auxilio de una educación preparatoria, y en medio de obstáculos al parecer insuperables, de la oscuridad en que nació al apogeo de los honores y consideración pública. Nos proponemos ocupar algunas columnas del Semanario con la biografía de este hombre singular; entretanto citaremos un rasgo de su carácter por el que se vé que la benevolencia corría en él parejas con la originalidad. Durante su residencia en París escribió á un amigo necesitado la siguiente carta.

Abril 22 de 1781.

Adjunto os remito un billete por diez luises de oro, advirtiendole que no es mi ánimo haceros donacion de esta suma que habeis de considerar como un préstamo. Cuando regreséis á vuestra patria, sin duda alguna emprendereis alguna carrera ú ocupacion que con el tiempo os facilitará los medios de pagar vuestras deudas. En este caso cuando se os presente alguno tan necesitado como vos lo estáis hoy, *me pagareis* prestándole los mismos diez luises bajo la condicion de satisfacer su deuda del mismo modo, cuando pueda y halle igual oportunidad. Espero que así pasará esta cantidad por muchas manos hasta que dé en las de un *plebeo* que la detenga. Habeis de saber que está es una de mis jargaretas para hacer mucho bien con poco dinero. No soy bastante rico para emplear mucho en actos de beneficencia, y así procure sacar el mayor partido posible de lo poco que puedo dar.

FUNERALES EN TURQUÍA.

Hay ciertas épocas solennes de la vida en las cuales mas que en los actos ordinarios de ella se manifiestan las ideas y creencias de los pueblos. Tales son los nacimientos, matrimonios y entierros. El exámen filosófico de cualquiera de ellos ofrece al observador la clave de numerosas inferencias y el verdadero tipo del carácter moral de los habitantes de un país.

Los turcos dan á sus cementerios el nombre de *ciudades del silencio*; y no sin fundamento ni propiedad, si se atiende á su estructura. Compónese estos de un campo abierto de vasta estension y distante de los puntos habitados. El terreno mas ó menos desigual está cubierto de sepulcros de varias formas generalmente rodeados de cipreses, árbol que en todos los países de Europa, non entre los orientales, es considerado como el emblema de la muerte. La multitud de estos sepulcros comunmente de mármol blanco y con especialidad los que contienen los restos de los maguates y personas opulentas erigidos en forma de templetes sobre cuatro columnas y con sus cúpulas sobresaliendo de los árboles que los rodean, dan efectivamente al cementerio la apariencia de una ciudad considerable. La razon porque son tan vastos estos cementerios es la repugnancia que tienen los turcos á volver á levantar la tierra en el mismo paraje donde ha sido depositado un cadáver. Lo tienen por una profanacion en cuanto á que creen turbar así el reposo de los muertos. Los sepulcros de los pobres no van cubiertos de lápidas pero todos tienen hacia la parte donde se halla la cabeza una piedra ó zócalo de mármol blanco; sobre ella hay un turbante tambien de piedra cuya hechura denota el rango del difunto. Las que decoran el sepulcro de las mujeres terminan en punta y no llevan adorno alguno; pero en unas y en otras se leen inscripciones tomadas del Alcorán ó de los poetas orientales. Los mausoleos de los emperadores mogoles de la India ó de los príncipes de Persia, mas parecen palacios que sepulcros.

El principal cementerio de los mahometanos se halla en Scútari en la orilla asiática del Bósforo. Lo han situado los turcos en este punto, inducidos por la idea que tienen de que algun dia han de ser expelidos de Europa por los cristianos en cuyo caso se verian holladas sus cenizas por los enemigos de su fé. Sin embargo á poco que reflexionasen conocerian que si los cristianos se apoderasen de Constantinopla no quedaria Scútari por mucho tiempo en poder de los musulmanes. El mismo principio obra en sentido inverso con los europeos que prefieren ser enterrados en el lado de acá del estrecho.

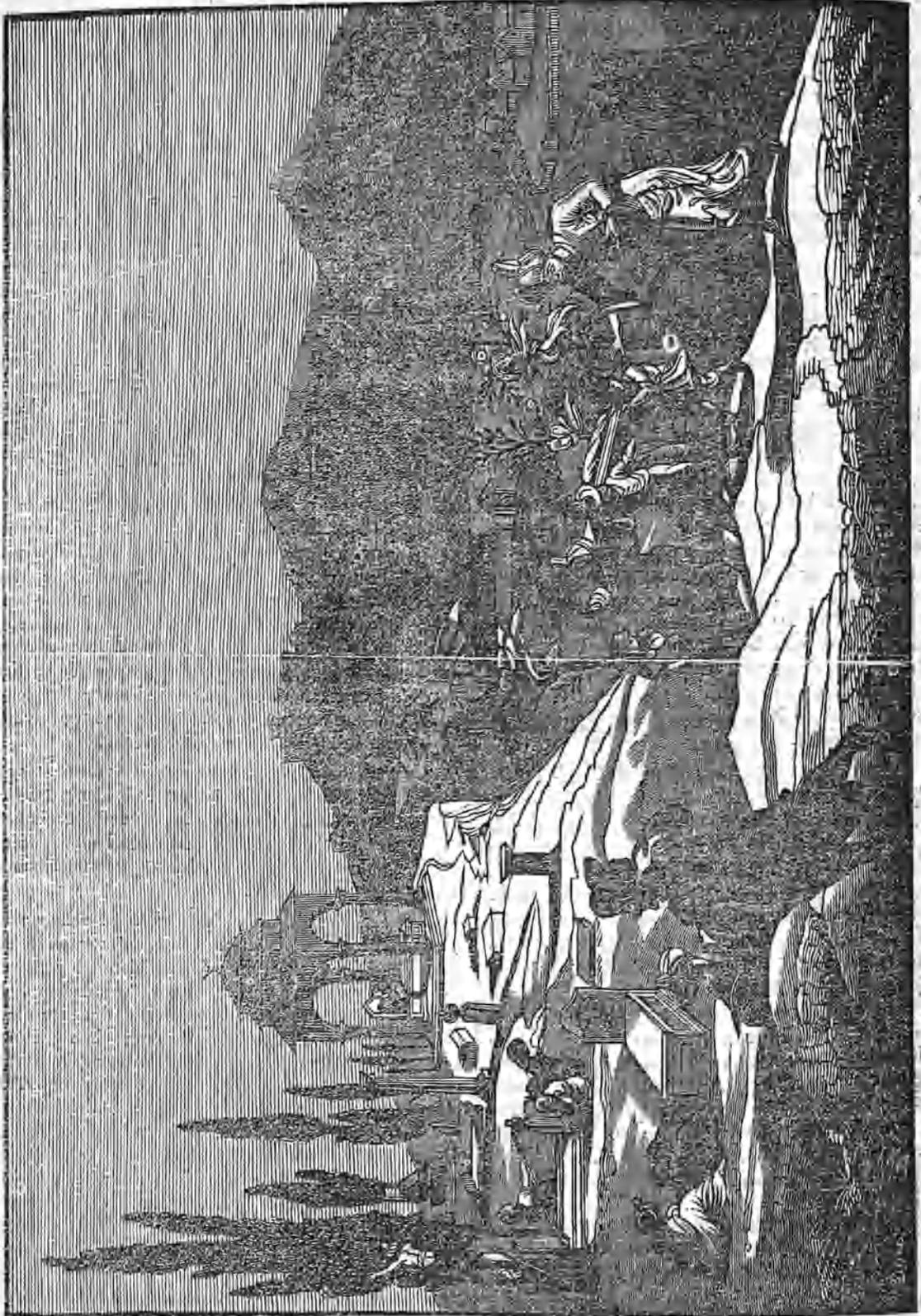
Un verdadero creyente en sus últimas momentos pronto á recibir la visita del ángel exterminador, debe estar boca arriba con el costado derecho vuelto hácia la Meca. Los circunstantes repiten cerca de él un capítulo del Alcorán y la profesion de fé; hasta que el moribundo se una á ellos de intencion.

Las exequias de los mahometanos se reducen á un corto número de ceremonias; consisten estas en la ablucion funeraría, la eleccion y disposicion del paño mortuario, las oraciones y la sepultura. La ablucion se hace con una decoccion de yerbas aromáticas que puede ser reemplazada con una infusion de malvavisco y aun con agua natural. Despues de lavar el cadáver se le envuelve en tres lienzos si es hombre, y cinco si es mujer. Esta ha de llevar el cabello sobre el pecho dividida en dos ramales. Los lienzos ó sábanas van atados por ambas puntas, y deben ser blancos y de una sola pieza. Siguese inmediatamente á estas ceremonias las oraciones fúnebres, las cuales se hacen en la casa misma del difunto por cuanto no es admitido niogn cadáver en las mezquitas ni templos destinados á los vivientes. Concluidas las oraciones es transportada el cuerpo al cementerio con la cabeza hácia delante. En la parte anterior del ataud va colocado el turbante, aunque el muerto es enterrado sin él. Los acompañantes van sin hachas, cánticos ni lamentaciones.

Sea aversion á todo aquello que se asocia á la idea de la muerte, ó para desembarazarse cuanto antes del cadáver

mirado siempre como un objeto impuro, los musulmanes ejecutan siempre con precipitación las ceremonias fúnebres y llevan el cuerpo á su última mansión con paso acelerado. Sin embargo, ya por el aspecto pintoresco y situación agradable de los cementerios, ó por respeto á la memoria de los difuntos, frecuentan los turcos en la bella estación estos recintos de la muerte, y se les ve orar con devo-

cion sobre las tumbas de sus parientes y deudos. Las mujeres lo verifican comunmente los viernes, en cuyo día creen que se renueva en sus amigos ya difuntos la memoria de los lazos que los unieron á ellas en otro tiempo. Se las ve entonces reclinadas sobre los sepulcros que limpian de las malas yerbas y cubren de coronas de mirto y viemprevivas.



(Cementerio turco.)

El grabado que acompaña representa parte de un cementerio turco y un entierro ó procesion fúnebre en que se ve el cadáver llevado en hombros sobre unas angarillas; prosélculo y le siguen hombres que llevan grandes ramas de árboles si es posible con fruto ó flor; vienen des-

pues sus amigos y acompañantes, y detras de todos su caballo favorito conducido por el mas antiguo de sus criados. El séquito suele á veces ser muy numeroso por cuanto voluntariamente se unen á él muchos devotos que consideran este acto como una accion meritoria.